

KT Tunstall

La estrella de rock KT Tunstall ha logrado la rara proeza de hacer llegar el mensaje de dejar el hábito del carbono a periódicos sensacionalistas. Le dijo a un periodista que en verano no necesitaba usar aire acondicionado porque, digo, “ando desnuda por la casa”. Y agregó: “también es muy recomendable compartir la bañera, golpearse la cabeza con un cucharón si uno tiene que poner a hervir el agua del té una segunda vez y bajar dos grados la temperatura de la calefacción”.

La cantante, de 32 años de edad — que lleva vendidos 5 millones de discos, ha ganado tres premios BRIT y fue propuesta para el Grammy — ha tomado medidas para reducir su propia huella del carbono y está llegando a un gran público con los consejos que da, que, aunque un poco idiosincrásicos, son muy directos.

De madre china y padre irlandés, la adoptaron cuando tenía dos semanas un físico y una maestra de St. Andrews, una ciudad de Escocia cuya vida gira en torno a la Universidad. “Me críe en un lugar con una costa escabrosa que cae a pique en el bravío Mar del Norte” — dice. “Para mí, es obvio que la naturaleza es una fuerza omnipotente y que nosotros estamos aquí sólo como invitados. En tanto y en cuanto nos comportemos como huéspedes agradados y agradecidos, la tierra sigue haciendo saludable y maravillosa. Pero estamos destruyendo la casa de invitados y eso no se hace”.

Tunstall empezó a escuchar música pop a los 17 años. En su casa no había ni televisión ni equipo de música porque su hermano menor es muy sordo y el ruido interfería con su audífono. Pero aprendió sola a tocar la guitarra usando un librito de músico ambulante y formó su primera banda cuando estudiaba con una beca en Connecticut, en los Estados Unidos. Regresó a Gran Bretaña, se cambió el nombre por el de KT (“tenía que hacer algo con mi nombre para sobresalir del montón”) y daba muchos recitales. Pero el éxito se hizo esperar; la suerte le llegó finalmente cuando, en una sustitución de último momento, apareció en un programa de televisión con una versión de concierto de pueblo de su disco simple “Black Horse and the Cherry Tree”, que inmediatamente se ubicó entre los más vendidos.

Ahora se ha propuesto usar su fama para hacer frente al problema del cambio climático. “No es que vaya a hacer proselitismo”, dice, “pero lo cierto es que el calentamiento mundial es la cuestión más importante en nuestras vidas. Hasta los cambios más pequeños pueden tener importancia. Pero si queda gente que no cambia su actitud — y si no elegimos con más sabiduría — en 10 años estaremos viviendo en una realidad muy diferente. No será agradable”.

Se puso a llevar a la práctica esas elecciones en lo que, admite, es el “trabajo básicamente enemigo del medio ambiente” de una estrella de rock. No tiene vehículo, insiste en que los autobuses que se usan para sus giras anden a biodiesel, añade un pequeño monto a cada entrada para poder compensar las emisiones de los viajes que hacen sus admiradores para verla y ha plantado un bosque de 5.000 árboles.

Ha ecologizado su apartamento de Londres, aislándolo con cartón reciclado en un 95% y lana de oveja, agregando once paneles solares, instalando dispositivos para usar menos agua, empleando pinturas sin disolventes y utilizando únicamente madera que o se recuperado o está certificada por el Forest Stewardship Council.

Y sigue instando a que se apliquen medidas prácticas, en su propio estilo. “Hay que ir a lo tópico, no al trópico: estos días todo el mundo está poniendo la temperatura del termostato un par de grados menos”. “Hay que decirle a todos en la familia que se laven en la ducha y no con un baño de inversión: así dejarán de cantar”. Y: “¿Se olvidaron para qué sirven esos curiosos adminículos en que terminan las piernas? Caminen y lo recordarán”. GL